

mo Luísa se dirigió instintivamente á Raquel en tono brusco y precipitado, síntoma particular de la vacilación y de la timidez.

—¿Le ha contado á V. lo que le ha sucedido con mi esposo? Creo que será V. su primer refugio.

—Sé todo lo que ha pasado, señora,—dijo Raquel.

—Me parece haber oído decir que, habiéndole despedido un fabricante, le rechazarían todos los demás.

—Hay tan pocas probabilidades, señora, de salir de esa situación para un obrero que se indisponde con su amo.... que está mal visto entre los fabricantes....

—No comprendo qué quiere V. decir. ¿Mal visto?...

—Que se ha conquistado la reputación de revoltoso.

—¿De manera que, gracias á las preocupaciones de su propia clase, y gracias á las preocupaciones de la otra, se encuentra doblemente sacrificado? ¿Las dos clases están, pues, de tal manera separadas en esta ciudad, que no existe entre las dos el espacio más pequeño para un trabajador honrado?

Raquel movió la cabeza, como diciendo que al menos no lo conocía.

—Ha afrontado las sospechas de sus camara-

das (dijo Luísa), porque prometió no asociarse con ellos. Creo que sería á V. á quien hizo esa promesa. ¿Me será permitido preguntarle por qué lo prometió?

Raquel prorumpió en llanto.

—Yo no se lo he exigido á este pobre mozo. Le supliqué únicamente, en nombre de su interés, que permaneciese tranquilo, no sospechando siquiera el mal que esto iba á causarle. Pero en cuanto al partido que ha tomado, sé muy bien que morirá antes de faltar á su palabra. Lo conozco demasiado.

Esteban había permanecido inmóvil y atento, en la actitud pensativa que le era habitual, y acariciándose la barba con la mano. Entonces se mezcló en la conversación, con voz menos firme que de costumbre.

—Nadie, excepto yo, puede saber cuánto honor, amo y respeto á Raquel, y con cuánta razón. Cuando hice esta promesa, le dije con verdad que era el ángel de mi vida. Hice una promesa solemne. Nada en el mundo me puede eximir de su cumplimiento.

Luísa volvió el rostro hacia el obrero, y le observó con un sentimiento de respeto completamente nuevo para ella. Miró en seguida á Raquel, y sus facciones adquirieron una expresión de dulzura.

—¿Qué piensa V. hacer?—preguntó.

Su voz era también más suave.

—A fe mía, señora (dijo Esteban, haciéndose superior á sus lágrimas y procurando sonreír); cuando concluya mi tarea, me veré precisado á dejar la ciudad y buscar trabajo en otra parte. Feliz ó desgraciado, es necesario que un hombre haga lo que pueda, y no está en su mano obrar de otro modo, á menos que quiera acostarse en el suelo y dejarse morir de hambre.

—¿Y cómo viajará V.?

—Á pié, señora, á pié.

Luisa se sonrojó, dejó ver una bolsa en sus manos. Se oyó el leve crujido de un billete de banco que desplegaba y ponía en la mesa.

—Raquel: ¿querrá V. decirle, pues V. sabrá hallar la fórmula más conveniente, que esto podrá servirle de gran provecho en su viaje? ¿Quiere V. tomar el dinero?

—No puedo hacerlo, señora (respondió Raquel, separándose un poco). Dios la bendiga á V. por haber pensado con tanta bondad en la suerte de este pobre mozo: pero él es quien debe consultar su corazón y obrar según sus aspiraciones.

Luisa, al pronto, parecía como incrédula; después, un poco asombrada, algo conmovida por una simpatía súbita en presencia de aquel artesano, que tenía tanto imperio sobre sí mismo, que se había manifestado tan sencillo y tan fir-

me en la anterior entrevista, y que, sin embargo, en aquel momento perdía toda su serenidad y se cubría el rostro con las manos, Luisa extendió los brazos como para tocarle; pero instantáneamente se detuvo, y permaneció inmóvil.

—La misma Raquel (dijo Esteban, después de un momento de pausa) no podría hallar palabras más dulces para aumentar el mérito de un ofrecimiento tan generoso. Á fin de probar á V. que no soy un hombre ingrato é irracional, tomaré cincuenta francos. Los tomo á préstamo, para devolverlos más tarde. Jamás habré trabajado de tan buen corazón como el día en que pueda reconocer con la exactitud de la paga el beneficio que me ha dispensado V. esta noche, y que agradeceré toda mi vida.

Luisa tuvo necesidad de recobrar el billete de Banco, y reemplazarlo con la suma mucho más corta que el trabajador aceptaba á título de préstamo. Esteban no era ni elegante, ni guapo, y, sin embargo, la manera de expresar su gratitud, sin frases ampulosas, tenía un sello de gracia que lord Chestelfield no hubiera podido enseñar á su hijo en cien años.

Tomás se había sentado en el borde del lecho, balanceando una de las piernas y volteando el bastón con bastante indiferencia, hasta aquel momento. Viendo que su hermana se disponía á

partir, se levantó con mucha viveza, y se mezcló en la conversación.

—Espera un poco, Luisa (dijo). Antes de marcharnos, quisiera hablar un instante con este obrero. Me ha ocurrido una idea. Se la comunicaré á V., Blackpool, si quiere venir al descanso de la escalera. No necesitamos luz, buen hombre.

Tomás había manifestado grande impaciencia al ver que Esteban se dirigía hacia la mesa para recoger la bujía.

El obrero le siguió fuera de la habitación. Tomás cerró la puerta, y no retiró la mano de la cerradura.

—Dígame V. (murmuró). Creo que puedo prestarle un servicio. No me pregunte V. lo que es, porque pudiera muy bien frustrarse; pero nada se pierde con ensayar.

Tomás hablaba con tanta precipitación, que no dudó Esteban de que estaba muy de prisa.

—Veamos (dijo Tomás). Dígame V. ¿Cuándo es la marcha?

—Hoy es lunes (contestó Esteban reflexionando). Me parece, caballero, que partiré el viernes ó sábado.

—El viernes ó sábado (repitió Tomás). Escúcheme V. No estoy seguro de prestarle el servicio que quería. Ya sabe V. que es mi hermana la señora que está en esa habitación.... Mas es probable que pueda, y si no puedo, poco se per-

derá. Pues bien: voy á decir á V. lo que debe hacer. ¿Conoce V. á nuestro criado?

—Sí, señor.

—Muy bien. Por la noche, cuando salga V. del trabajo, durante los días que le quedan de permanencia en esta ciudad, ronde V. la casa de banca por espacio de una hora, poco más ó menos. Si el criado le ve á V. rondar, hágase el disimulado, pues yo haré que no le hable, á menos que esté seguro de que le puede hacer el servicio que deseo. En este último caso, el criado le entregará á V. una carta ó le dará un recado de mi parte. ¿Me ha comprendido V.?

—Perfectamente.

—Aún no he concluído. Cuide V. mucho de no equivocarse, y no vaya á olvidar lo que le digo. Al irnos contaré este proyecto á mi hermana, y estoy seguro de que será de mi opinión. ¿Estamos? ¿Me ha comprendido V.? Entonces no hay más que decir. Luisa, vámonos.

Abrió la puerta al llamar á su hermana; pero no entró en la habitación, y bajó la estrecha escalera sin esperar á que le alumbrasen.

Estaba ya abajo, cuando Luisa empezó á bajar, y ésta no pudo agarrarse de su brazo hasta estar en la calle.

La señora Pegler permaneció en su rincón hasta que el hermano y la hermana partieron, y volvió Esteban con la luz en la mano. No sabía

cómo expresar la admiración que le había causado la esposa de Bounderby; y como una vieja incomprensible que era, se echó á llorar, porque aquella señora le pareció, como á sus amigos, extremadamente hermosa.

Sin embargo, la señora Pegler se sintió tan turbada por el temor de que al objeto de su admiración se le antojase volver, ó que viniese otra visita, que su alegría desapareció para toda la noche.

Además, era ya tarde para gente que se levantaba muy temprano y trabajaba mucho; la reunión, pues, se dispersó. Esteban y Raquel acompañaron á su misteriosa amiga hasta la puerta del *Café de los viajeros*, en donde le dieron las buenas noches.

Volvieron juntos hasta la esquina de la calle en que vivía Raquel, y á medida que se acercaban iban dejando de hablar. Cuando llegaron á aquella esquina sombría en que sus raros encuentros terminaban siempre, se detuvieron silenciosos, como si hubieran temido dirigirse la palabra.

—Procuraré verte otra vez, Raquel, antes de mi partida; pero si no nos viésemos...

—Sé muy bien que no volverás á verme, Esteban. Mejor es que mutuamente nos hablemos con franqueza.

—Tienes razón; eso es más enérgico, y vale

más. He pensado que, como no ha de permanecer aquí más que uno ó dos días, será mejor para ti que no volvamos á vernos, que nadie te encuentre en mi compañía. Lo contrario podría darte desazones, y no te serviría de nada.

—No es eso lo que me detiene, Esteban; pero sabes nuestros antiguos convenios, y á ellos me refiero.

—Bien, bien. De todos modos, esto es lo mejor.

—¿Me escribirás todo cuanto pueda interesarme, Esteban?

—Sí. Ahora sólo tengo que expresarte mis últimos deseos. Que el cielo esté contigo; que el cielo te bendiga; que el cielo te dé gracias por mí y te recompense.

—Él te bendiga también, Esteban; te abra camino, y te dé al fin calma y reposo.

—La noche en que velamos juntos te dije, amiga mía, que cuantas veces vea algo ó piense en algo que pueda irritarme, tú estarás siempre en mi pensamiento y á mi lado para tranquilizarme. Lo estás en este momento. Tú me haces ver las cosas con resignación. Dios te bendiga. Buenas noches. ¡Adiós!

¿Qué habrá más sencillo que aquella separación rápida en medio de una pobre calle? Sin embargo, fué un recuerdo sagrado para aquellas pobres gentes.

Economistas utilitarios, esqueletos de maes-

tros de escuela, comisarios del hecho, incrédulos elegantes; vosotros todos los que creáis y propagáis insulsas doctrinas acomodadas al uso del vulgo; vosotros sabéis muy bien que siempre tendréis pobres que gobernar. Pues bien; cultivad en ellos cuanto podáis, y mientras sea tiempo, las gracias de la imaginación y la dulzura de los afectos naturales, á fin de adornar esas existencias que tanto necesitan de adorno; ó bien, cuando venga el día de vuestro triunfo; cuando, gracias á vosotros, la novela haya desaparecido completamente de sus almas, y se les presente la vida con toda su asquerosa desnudez, la realidad podrá muy bien tomar la forma de un lobo devorador.

Esteban trabajó dos días después, sin que nadie le dirigiese la palabra. Sus camaradas continuaron evitando su encuentro. Al terminar el segundo día, vió que se iba terminando su tarea: al terminar el tercero estaba su puesto desocupado.

Todas las noches precedentes había pasado más de una hora en la calle, rondando la casa de banca de Bounderby sin ningún resultado, ni malo ni bueno. Á fin de que no pudieran acusarle de haber faltado á su promesa, resolvió esperar dos horas la tercera y última noche.

La señora que en otro tiempo era ama de llaves de la casa de Bounderby, estaba allí sentada

á una ventana del primer piso, en donde ya la había visto otra vez; y el criado estaba también allí algunas veces hablando con ella en la ventana, ó mirando de cuando en cuando por encima del tarjetón en que se leía la palabra *Banca*; también solía vérselo en el dintel de la puerta tomando el fresco.

La primera vez Esteban, creyendo que era él á quien buscaba, pasó por su lado; pero el otro apenas le miró con sus ojos guiñadores, y sin dirigirle la palabra.

Dos horas son siempre un espacio de tiempo muy largo, sobre todo después de un día consagrado al trabajo. Esteban se sentó en el portal de una casa, contra una pared, debajo de un arco, se paseó de un extremo á otro de la calle, esperó impaciente á que sonara el reloj de la iglesia, y se detuvo mil veces para mirar á los niños que jugaban en la vía pública.

Es tan poco natural pasearse de este modo, sin motivo, que el más inocente rondador puede estar seguro que se pone en evidencia.

Cuando transcurrió la primera hora, Esteban comenzó á experimentar una sensación desagradable, figurándose que desempeñaba el papel de un personaje sospechoso.

Después vino el encargado de encender los faroles, dejando en pos de sí, en la extensa perspectiva de la calle, una doble hilera de luces, que

iba extendiéndose, y disminuyendo hasta perderse en la distancia.

La señora Sparsit cerró la ventana del primer piso, y entró en su habitación. Muy pronto se vió subir una luz por la escalera, visible primero encima de la puerta de entrada, y en seguida en los dos tramos de la escalera, á medida que la señora Sparsit iba subiendo.

Hubo un momento en que se levantó uno de los visillos de los balcones del segundo piso, como si por allí mirase la señora Sparsit; después otro, como si por él estuviese observando el criado.

Esteban no recibió comunicación alguna. Se sintió aliviado de un peso enorme cuando transcurrieron las dos horas, y se alejó con paso veloz para recobrar el tiempo perdido.

No tenía más que saludar á la dueña de su casa y tenderse en el suelo sobre su lecho provisional, pues ya había recogido el equipaje, y todo estaba pronto para partir al día siguiente. Quería verse fuera de la ciudad muy temprano, antes que los obreros transitasen por las calles.

Apenas despuntaba el día, cuando, después de haber lanzado una mirada de despedida alrededor de su habitación, se preguntó tristemente si volvería á verla, y salió de su casa.

La ciudad parecía completamente desierta; se hubiera dicho que todos los habitantes la ha-

bían abandonado, á fin de no tener contacto alguno con el obrero. Todo tenía á aquella hora cierto aire de desolación. Hasta el sol naciente formaba en el cielo una soledad pálida, semejante á un mar entristecido.

Al pasar por delante de la casa en que vivía Raquel, aunque aquel no era su camino, por aquellas calles de ladrillos rojos, por aquellas grandes fábricas silenciosas que no temblaban aún, cerca de la estación del camino de hierro, cuyas rojas señales palidecían á la aparición del sol; al pasar delante de las rojas casas de campo, rodeadas de arbustos ahumados y cubiertos de un polvo sucio, como tomadores de tabaco poco aseados; al pasar por caminos negros como el carbón de piedra, y por delante de una variedad de espectáculos no menos pintorescos, Esteban lo miraba todo con pena; ganó la altura de una colina, y se volvió para abarcar con la vista el conjunto.

El día alumbraba de lleno la ciudad, y las campanas llamaban al trabajo.

Las chimeneas de las casas no estaban aún encendidas, y las altas chimeneas de las fábricas reinaban como señoras en aquel cielo, que bien pronto iba á desaparecer bajo las inmensas bocanadas de sus humaredas envenenadoras; pero durante treinta minutos, un gran número de las ventanas de Cokeville se doraron con una espe-

cie de alba matinal, á cuyo favor los naturales del país pudieron ver el sol como en un eclipse eterno, al través de un vidrio ahumado.

¡Qué cambio el de pasar de las chimeneas á los pájaros! ¡Qué cambio el de sentir el polvo del camino reemplazar bajo las plantas al chirrido del carbón! ¡Qué cambio para Esteban, que había llegado á la edad que tenía, y en aquella mañana de verano volvía á hallar por primera vez sus sensaciones de niño!

Con estos pensamientos en la cabeza y su equipaje debajo del brazo, Esteban paseaba su rostro atento á lo largo del camino real. Y los árboles formaban una arcada por encima de su cabeza, y le decían con su dulce murmullo que dejaba tras sí un corazón amante y fiel.

CAPÍTULO IV.

Pólvora de cañón.

Mr. Jaime Harthouse, queriendo ensayar lo que podría hacer por su partido adoptivo, empezó á contar los votos que le parecían seguros.

Gracias á algunos nuevos libros instructivos que quiso leer por cuenta de sus amigos políticos; gracias á su afectado abandono elegante y distinguido para con la sociedad en general; gracias también á cierta franqueza que frecuentemente se confundía con el descaro, lo cual, como es sabido, es el fin del juego más eficaz y más admirado del mundo *comme il faut*, no tardó en pasar por un hombre de la más alta experiencia.

Para él era una ventaja ser indiferente á todo, porque esto le permitía unirse á las gentes prácticas y positivas, con la misma intimidad como si fuese uno de tantos, y tratar á los demás partidos como una gavilla de viles hipócritas.

—Sí, mi querida señora Boucherby; hipócritas, en los cuales no tenemos fe, así como ellos